

Cuando haga su jornada.
 En fin, llegando la hora
 De Efigenia deseada,
 Porque está llena de amores
 Y á su amado no olvidaba,
 Vino la noche, y en ella
 A disponerse empezaba;
 Y desnuda de sus trajes,
 Se puso la rica gala
 De sayal, ceñida al cuerpo,
 Que hasta los pies le llegaba:
 Tomando las dos cadenas
 Para el intento labradas,
 Se ciñó entrambas muñecas
 Cuanto puede menearlas
 Para aquellos ejercicios
 Precisos de su demanda.
 Puestos á sus pies los grillos,
 El crucifijo tomaba,
 Un libro y una reliquia
 De la Aurora soberana.
 Y estando en esto, el Señor
 Volvió para confortarla,
 Mostrando de su pasión
 Las divinas circunstancias.
 Y despues de largo espacio
 Que el Señor la regalaba,
 Le dijo:—Queda, Efigenia,
 En mi, que de ti se aparta
 Mi presencia de tus ojos,
 Y ten siempre muy grabada
 En la memoria lo amargo
 De mi pasión soberana;
 Y para que te acompañe
 Y te lleve á la morada
 Que determinada tengo,
 Queda el ángel de tu guarda.—
 Desapareció el Señor,
 Tomó el ángel forma humana,
 Y asiéndola de la mano,
 Prosiguieron su jornada.
 Como á las diez de la noche
 Dejó Efigenia su casa,
 Sin mas caudal del que oisteis,
 Y demas de esto, descalza,
 Y el pelo todo tendido
 Sobre su hermosa cara;
 Y saliendo de la villa,
 De esta suerte al ángel habla:
 —Por Dios, parantito hermoso,
 Y por la pasión amarga
 Del Redentor de la vida,
 Me concedas esta gracia
 Que te suplica mi amor
 Con muy fervorosas ansias,
 Que me apartes del camino,
 Y por sendas excusadas
 Me lleves, porque los pies,
 Que de culpas fuéron causa,
 Pisando finos tapetes
 Y alfombras muy estimadas,
 Ahora pisen espinas,
 Abriéndose muchas llagas
 Y derramando su sangre,
 Pues por mi fué derramada
 En el árbol de la Cruz,
 Por la redención humana;
 Y estos pasos que yo doy,
 De pies y manos atada,
 Vayan en satisfacción
 De que en su pasión amarga
 Dió el Señor muchos por mi
 Con la sogá á la garganta.—
 Con estas recreaciones
 Y muy devotas palabras,
 Al cabo de cuatro dias
 Llegaron á la montaña,
 Adonde Efigenia llora
 Su mala vida pasada.

Vivió seis años y medio
 En vida tan ajustada,
 En ásperas penitencias
 Y mortificaciones tantas,
 Que el Señor se le mostró
 A tarde, noche y mañana.
 Pero llegándose el día
 Y la hora señalada
 De que Efigenia muriese,
 A un religioso, que estaba
 En un devoto convento
 Dentro de aquella montaña,
 Le ha revelado el Señor
 Adónde Efigenia estaba;
 Y tomando un relicario
 Y una forma consagrada,
 Llegó á la dichosa cueva;
 Y despues de confesarla,
 Le dió el divino manjar,
 Y ella cantando alabanzas,
 Quedó como un pajarito,
 Y á Dios entregó su alma.
 Las campanas se repican;
 Y á causa tan impensada
 Se juntan los religiosos,
 En ocasión que llegaba
 El que á la cueva había ido,
 Y de todo cuenta daba.
 Fuéron en comunidad,
 Y cantándole alabanzas
 A la iglesia la llevaron,
 Y allí sepulcro le daban.
 Los pájaros en el monte
 A Dios mil gracias le cantan;
 Démoslas tambien nosotros
 Por merced tan soberana,
 Y pidámosle nos dé
 Salvación para las almas.

(Efigenia, Pliego suelto.)

1520.

DON EUSEBIO DE HERRERA.

(Anónimo.)

Hoy se remonta mi pluma
 A referir la mas alta
 Maravilla que han escrito
 Hasta aquí plumas humanas;
 Y por ser rara, yo quiero
 Hacerla notoria á cuantas
 Naciones el mar circunda
 Con sus cristalinas aguas.
 Y así para dar principio,
 Invoco á la soberana
 Emperatriz de los cielos,
 Maria, fuente de gracia,
 Que llevando el patrocinio
 De esta Reina sacrosanta
 Navegaré sin cuidado
 Por el mar de mi esperanza.
 En la ciudad de Valencia,
 Digna de eterna alabanza,
 La mejor que el sol registra
 Por celosias de plata,
 Se crió noble y bizarro
 Un caballero, á quien llaman
 Don Eusebio de Herrera,
 Con su esposa Doña Juana,
 Muy devotos de la Virgen
 Del Cármen, princesa sacra;
 Y en su devoto oratorio,
 Dentro de su misma casa
 Colocaron á la imágen
 De esta Reina sacrosanta,
 Y en su oración le pedían
 Que de su Hijo alcanzara
 Que les diera sucesor
 Que su riqueza heredara.

Oyó Dios sus peticiones,
 Que la oración mucho alcanza;
 Llegó el día deseado
 En que parió Doña Juana
 Un infante muy hermoso,
 Del padre una propia estampa.
 En el sagrado bautismo
 De nuestra Iglesia romana
 Heredó el nombre del padre,
 Y despues recibió el agua.
 Se fué criando este niño
 Con la debida enseñanza,
 Siendo devoto de aquella
 Divina aurora sin mancha
 Del Cármen, trayendo siempre
 Con tierno afecto su estampa
 En el pecho, y con gran celo
 Una salve le rezaba.
 Al cumplir los quince abriles,
 A nadie se sujetaba;
 Era soberbio y altivo,
 De condición muy extraña.
 Sucedióle á este mancebo
 Una desgracia muy rara,
 Y fué, que estando una noche
 Con otros tres en compañía
 En una casa de juego,
 Sobre unas malas jugadas
 Tuvo cierto desafío
 Con un marques de importancia.
 Salieron desafiados
 Para reñir en campaña,
 Y Don Eusebio le dió
 Al Marques una estocada
 Que le pasó el corazón,
 Y á sus pies cayó sin habla,
 Quedando yerto cadáver
 Con otras dos estocadas.
 Temeroso del peligro
 Se embarcó por la mañana
 Don Eusebio, en una nave
 Que á Alicante caminaba.
 Llegó á este famoso puerto,
 Y alegre se desembarca,
 Y en casa de un caballero
 Con mucho sigilo estaba;
 Y de allí á muy pocos dias
 Solicitó á cierta dama,
 Y por gozarla la dió
 De esposo mano y palabra,
 Con que villano alevoso
 Tuvo á esta dama engañada,
 Sirviéndole de mujer
 Con fingidas esperanzas.
 Sintióse preñada, y ántes
 Que el parto se le acercara,
 Le dijo un día llorando:
 —¿Cuándo cumples la palabra
 Que diste de ser mi esposo?
 ¡Mira que á la Deidad sacra
 Tenemos muy ofendida!—
 Y él sin responderle nada,
 Soberbio con un puñal
 Le dió siete puñaladas,
 Y despues abrióle el vientre,
 Y sacó de sus entrañas
 La criatura que encierra,
 Y en una fuente de plata
 La degolló; qué dolor!
 ¡Quién hizo acción tan extraña?
 Y despues toda la sangre
 A los perros la arrojaba,
 Metiendo la criatura
 Adonde primero estaba;
 Y en el mismo cuarto hizo
 Un hoyo con una azada,
 Y en él les dió sepultura,
 Y se salió de su casa.
 Cerró bien todas las puertas,

Y en una nave marchanta
 Se embarcó segunda vez
 Para las Indias de España;
 Y estando en medio del golfo
 Se levantó una borrasca
 De relámpagos y truenos
 Que al mundo atemorizaban,
 Pues parecía que ya
 Su último fin llegaba.
 Bramó el mar, tembló la tierra,
 La nave al cielo llegaba,
 Y los fulminantes rayos
 Unos con otros tocaban.
 En tan grande confusión
 Cayó, envuelta en vivas llamas,
 Una horrorosa centella,
 Que dando en la misma jarcia
 De la nave, la dejó
 Hecha carbon y abrasada,
 No reservando su incendio
 Sino tan solo una tabla,
 Donde quedó Don Eusebio
 Sin que peligrase en nada.
 Entre tantas aficciones
 Y penas que le cercaban,
 Oyó una voz que decía:
 —Ea, cógele, ¿qué aguardas?—
 Respondióle otra diciendo:
 —No puedo, porque le guarda
 Una mujer, cuyo nombre
 Nos confunde y avasalla.—
 Entonces sacó del pecho
 Aquella divina estampa
 De la Reina de los cielos,
 Y de esta suerte le habla:
 —Dulcisima Madre mia,
 No permitais, Virgen santa,
 El que mi alma se pierda;
 Ten piedad, pide y alcanza
 De tu santísimo Hijo
 El perdon de mi ignorancia.
 Ya conozco que he vivido
 Como bestia desfrenada;
 Mas yo te ofrezco enmendar
 Desde aquí mi vida errada,
 Si vuestra piedad me libra
 De tan peligrosas ansias.—
 Hecha aquesta petición
 Los ojos al cielo alza,
 Y vió bajar en un globo
 De gloria, la soberana
 Virgen del Cármen, que afable
 De aquesta suerte le habla:
 —No temas, ni desconfies:
 Yo soy quien te ampara y guarda,
 Y soy quien te ha defendido
 Del demonio y de sus garras;
 Y pues ya me has prometido
 Enmendar tu vida errada,
 Volverás á la ciudad,
 Y hallarás resucitada
 Aquella á quien diste muerte
 Sin tener alguna causa,
 Y le pedirás perdon,
 Cumpliéndole la palabra
 Que diste de ser su esposo,
 Que es deuda y debes pagarla;
 Y á aquel inocente Abel
 Que salió de sus entrañas,
 Darás el santo bautismo,
 Que así mi Hijo lo manda.—
 Desaparecióse al punto,
 Y Don Eusebio en la tabla
 Navegaba al par del viento,
 Y llegando á las murallas
 De la ciudad, saltó en tierra,
 Y pronto se fué á la casa
 Referida, donde halló
 De las heridas bien sana

A la dama, y en sus brazos
Al tierno infante miraba,
Y con profunda humildad
Rendido besó las plantas
De la dama, y le pidió
Perdon con lágrimas tantas,
Que consiguió de sus yerros
El perdon que deseaba.
La dama afable lo admite,
Y con caricias urbanas
Lo perdona, porque así
De Dios serán perdonadas
Sus culpas; que quien perdona,
De Dios el perdon alcanza.
Diéronle cuenta al Obispo,
Y su ilustrísima manda
Que de este raro portento
Carácter se fijaran
En las puertas de los templos
Para que el cristiano traiga
Consigno aqñeste retrato
Para su defensa y guarda.
Concedió cuarenta días
De indulgencia á todas cuantas
Devotas personas pongan
En su pecho aquesta estampa
De la soberana Madre,
Del Cármen Reina sagrada.
Bautizaron al infante,
Como la Iglesia lo manda,
Y juntamente sus padres
Alegres se desposaban,
Y en el yugo de himeneo
Viven rindiéndole gracias
Al sacro Autor de la vida,
Y á esta Reina soberana
Del Cármen, á quien de véras
Pedro Portillo le clama
Nos ampare, como madre,
Alcanzándonos la gracia
En esta vida, y despues
Nuestra bienaventuranza.

(Don Eusebio de Herrera, Pliego suelto.)

1321.

LA DESGRACIADA GINESA.

(Anónimo.)

Sacra Aurora soberana,
Del cielo divina Reina,
Que los ángeles y santos
Todos rinden obediencia,
Bendiciendo y alabando
Vuestra admirable grandeza,
Por tantas prerogativas
Y tan grandes excelencias:
¡Oh Virgen de Monserrat!
La devocion os venera,
Por ser vos tan prodigiosa,
Tan admirable y excelsa;
Por tan raras maravillas,
Virgen, que son como vuestras,
Que á Dios por los pecadores
Todos los instantes ruegas;
Y á vuestra piedad, Señora,
Suplica mi insuficiencia:
Dadme una pluma de gracia,
Pues vos sois el Ave de ella,
Para que pueda explicar
Con mi notable rudeza
Tan prodigioso milagro,
Y esta maravilla nueva.
La fama de tus portentos
Ya por todo el mundo vuela;
Con vuestro favor y gracia
Los sucesos se comienzan,
Y suplico á mi auditorio
Todos atentos me atiendan;

En especial las mujeres,
Las que tienen malas lenguas,
Las soberbias, las altivas,
Las que maldiciones echan,
Miren que Dios las castiga:
Sirva el castigo de enmienda.
En tierra de Cataluña,
Que es muy extremada tierra,
Y tiene de todos frutos
Muy abundantes cosechas,
Hay un pequeño lugar...
Su nombre en silencio queda.
En este tal residia
Con sencillez y pobreza
Un labrador muy honrado
Y con pocas conveniencias,
Pues solo se mantenía
De pocos granos que siembra.
Este tal era casado
Como lo manda y ordena
Dios, por su santo mandado,
Y nuestra madre la Iglesia.
Vivian los dos contentos,
Aunque con mucha pobreza.
El cielo les dió una hija
De una extremada belleza:
Era en todo muy hermosa,
Mas tenía mala lengua;
Que las mujeres hermosas
Ya se ve por la experiencia
Son vanas y presumidas,
Muy altivas y soberbias.
Por su gracia bautismal
Ella se llama Ginesa:
Siempre andaba con sus padres
Con pleitos, ruidos, pendencias;
No había paz ni quietud,
Era una continua guerra.
Llegó á la edad de quince años,
Y á la doncella Ginesa
No faltó quien la pidiese
Para casarse con ella.
En fin, casó con un mozo
Que tenía algo de hacienda;
Que las mujeres, habiendo,
Todas están muy contentas,
Pero si falta el dinero
Es un infierno con ellas.
No hizo caso de sus padres,
Perdiéndoles la obediencia,
Ni les daba una limosna
Aunque pasaban miseria.
Aquí comienzan los casos,
El auditorio me atienda:
Sucedió que madre é hija
Las dos su niño parieran,
Y á la hija por desgracia
El niño se le muriera,
Y que por ser el primero
Muy gran sentimiento hiciera.
Y sucedió que la madre
Sin leche en sus pechos queda
Para criar á su hijo,
Y tanto se desconsuela,
Que se deshacen sus ojos
Vertiendo lágrimas tiernas.
Viendo de Ginesa el padre
A su esposa en tanta pena,
Cogió á su hijo en los brazos,
Del corazon dulce prenda,
Y fué en casa de su hija;
Y tierno así se lamenta,
Diciéndola estas razones:
— Hija y amada Ginesa,
Por la Virgen soberana,
Que de mí te compadezcas:
Bien ves que yo estoy muy pobre,
Y paso mucha miseria;
Si das el pecho á este niño

Será cosa que agradezca,
Hija mía, el beneficio;
Que la Majestad suprema
Te lo pagará en su gloria.—
Respondió ingrata Ginesa
A su padre, así diciendo
Muy altiva y muy soberbia:
— ¡Miren cómo el viejo viene
Ahora con impertinencias!
Vaya con Dios, que no quiero;
Nadie me puede hacer fuerza:
Vaya usted á buscarle un ama,
Si no, allá se las avenga.—
Oyendo aquestas palabras
De aquella tigre tan fiera,
El padre todo confuso,
Lleno de suma tristeza,
Se le ha puesto de rodillas,
Llorando lágrimas tiernas.
Dijo el buen viejo á su hija:
— ¡Es posible, amada prenda,
Hija de mi corazon,
Que tan ingrata te muestres?
Hazlo por amor de Dios,
Por ser tu hermano, siquiera.—
¡Válgame el cielo divino!
¡Jesus, y qué lances entran!
Aquí mi pluma desmaya,
Y mi pulso titubea,
Todo es mil confusiones,
Congojas, sustos y penas:
Yo no puedo referirlos,
Es imposible que pueda;
Perdonen los circunstancias,
Porque suspendido queda...
Pero en fin, ya vuelvo en mí,
Parece que Dios me alienta.
Repliqué aquella malvada
Con su tan maldita lengua:
— No daré leche á mi hermano,
Mas que viva ó mas que muera,
Que primero yo mi leche
A los demonios la diera.—
Entonces le dijo el padre:
— Calla, cruel, desatenta;
Calla, alevé, fementida;
Calla, traidora y perversa,
Si tal blasfemia pronuncias,
¿Qué quieres que te suceda?
Si echas tanta maldicion,
Dios quiera que te comprenda.—
El padre, viendo á su hija
En todo tan descompuesta,
Con el infante en sus brazos
Para su casa se fuera,
Y la hija con su marido
Dentro en la suya se quedan.
Ya fué llegada la noche,
Y dispusieron la cena,
Y despues de haber cenado,
De ir á acostarse intentan,
Y por estar mas seguros
Dentro su cuarto se encierran;
Pero ántes de acostarse
¡Ay qué lance los espera!
Oyeron un grande estruendo,
Ya el temor los amedrenta:
La casa se estremecía,
Parece se viene á tierra
Oyendo un tremendo ruido,
Como si fueran cadenas.
Luego de improviso vieron
De repente abrir la puerta;
Luego vieron á sus ojos,
¡Oh qué vision tan horrenda!
Dos fierísimos demonios
En figuras de culebras.
Que bien tenían de largo
Mas de dos varas y media.

Ciñeron por la cintura
A aquella infeliz Ginesa,
Y con figuras horribles
Y con las bocas abiertas,
Se agarraron á sus pechos,
Y la tenían sujeta,
Bebéndola sutilmente
Leche y sangre de sus venas.
La triste se lamentaba,
Diciendo de esta manera:
— ¡Ay desdichada de mí,
Mas que nunca yo naciera,
Pues el Señor me castiga
Por atrevida y blasfema!
A quien se echó maldicion
Es justo que la comprenda.
¡Ay de mí, que estos demonios,
Estas malditas culebras
Ya me abrasan las entrañas,
Ay, que el corazon me quemán,
Que me estoy ardiendo viva,
Y no hay quien me favorezca!—
Viéndola pues su marido
En semejante tragedia,
Lleno de temor y miedo
En casa del cura fuera.
Pasmado y muy asombrado
Del caso le ha dado cuenta:
El cura quedó admirado,
Y caminando á la iglesia,
Tomó caldera y hisopo,
Y con cruz y la estola puesta,
Corriendo se fué á la casa,
Y á conjurarla comienza.
Mientras mas la conjuraban
A la infelice Ginesa,
Mucho mas la atormentaban
Los demonios de culebras.
Conociendo su pecado,
Arrepentida de véras
Pedía misericordia
A la Majestad suprema.
Estuvo de aquesta suerte
Padeciendo tantas penas,
Hasta seis dias cabales
El castigo experimenta.
Se cumplieron sus deseos,
Ya se ve por la experiencia,
De dar leche á los demonios
Como lo decia ella.
Al cabo de los seis dias,
Como referido queda,
Su padre viendo á su hija
Estar de aquella manera,
Bebéndola los demonios
Leche y sangre de sus venas,
Y que Dios la castigaba
Por maldiciente y blasfema;
Movido de compasion
De ver cosa tan tremenda,
De rodillas se postró
De corazon, muy de véras,
Ante la Aurora divina,
La Virgen y Madre nuestra,
Señora de Monserrat,
Divina y celestial Reina,
Cuyo retrato llevaba
Con una fe verdadera,
Y los santos Evangelios
En su pecho, y los venera.
Fué donde estaba su hija;
De rodillas se pusiera;
Saca el divino retrato
De la refulgente estrella,
Y los santos Evangelios;
Sobre ellos sus manos puestas,
Hechos sus ojos dos fuentes,
Esta súplica comienza:
— ¡Oh Virgen de Monserrat,

Madre de piedad inmensa,
Refugio de pecadores,
Señora, á tu Hijo ruega
De esta pobre pecadora
Que misericordia tenga! —
Apenas aquesto dijo,
¡Oh maravilla suprema!
Cuando Dios le concedió
Que la suelten las culebras,
Y dando horribles bramidos
Pronto desaparecieron.
La hija luego á su padre
Humilde perdon pidiera;
El padre la perdonó
De corazón, muy de véras,
Y el confesor la absolvió:
Dios la dé su gloria eterna.

(La desgraciada Ginesa, Pliego suelto.)

1322.

EL ALARBE DE MARSELLA.

(Anónimo.)

A la celestial Princesa,
Madre del divino Verbo,
Le pido me dé su gracia,
Porque sin ella no puedo
Mover mi rústica lengua,
Ni dar á entender al pueblo
Lo que sucedió en Marsella
A un desdichado mancebo,
Por sus torpezas y vicios,
Y sobrado atrevimiento.
En la ciudad referida
Residia un caballero:
Este tal tenía un hijo,
Cuyo nombre no refiero,
Mas diré que era un alarbe,
Segun lo dirán sus hechos.
Cuando llegó á quince años,
Quiso vivir tan travieso,
Que á sus padres les perdía
Los mas días el respeto,
No por falta de doctrina,
Porque su padre un maestro
Tenía, que le enseñara;
Y él, atrevido y soberbio,
Así que se le antojaba,
Solo por no estar sujeto
A la obediencia del padre,
Se salía de secreto
Por una excusada puerta
Que había detras de un huerto,
Y al primero que encontraba,
Sin temor á Dios eterno,
Le quitaba por su gusto
La vida, luego al momento.
De esta suerte mató quince
Solo por un pasatiempo,
Hasta que al fin una noche
Permitió Dios verdadero
Que esta maldad, esta infamia,
Este grande atrevimiento
Se descubriese, matando
A un principal caballero,
A quien apenas dió muerte
Fue de la justicia preso,
Y á la cárcel lo llevaron;
Y su padre con dinero,
Y favores de otros nobles,
Lo libró de aqueste riesgo,
Y á su casa lo llevó,
Dándole mil documentos;
Y cuando mas le exhortaba,
Mas se infundia en su pecho
La maldad, pues una noche
Determinado y resuelto,
Le dió la muerte á su padre,

Estando el triste durmiendo,
Y á un hermano que tenía
De siete años y medio,
De una cruel cuchillada,
Afuera le echó los sesos,
Y á su madre dejó en vida,
Por darla mas sentimiento,
Atada de piés y manos
En un oscuro aposento.
Mas, despues abrió las arcas,
Y las fué reconociendo,
Y el oro y plata que había,
Joyas y alhajas de precio,
Ló puso en una maleta,
Sin dejar ningun dinero,
Y en un ligero caballo
Que atras se dejaba el viento,
Al amanecer el día
Se salió, dejando muertos
Aquellos dos inocentes.
¡Jesus, qué notable yerro!
Al cabo de poco rato,
Una mujer de gobierno,
Que cuidaba de la casa,
Oyó los tiernos lamentos
De su dueña, y entró al punto
A favorecerla, y viendo
Aquella fatal desgracia
Que ya referida tengo,
Dió voces al vecindario,
Y entraron todos, y luego
Avisaron la justicia,
La cual vino, y escribieron
Por relacion de la madre
La verdad de este suceso.
Al otro día siguiente,
Con muy grande desconsuelo,
Los difuntos enterraron,
Dios que los tenga en el cielo;
Y aquella fiera indomable,
Con otros diez compañeros,
Salteaban los caminos,
Robando los pasajeros,
Y á muchos daban la muerte
Para no ser descubiertos.
Llegaron tarde á una venta,
Y porque no les abrieron
Las puertas, con ira y saña,
Para matar al ventero,
Le dieron fuego á la venta,
Y desde allí se partieron
Al reino de Cataluña
Ejercitando lo mesmo.
A una doncella encontraron
Con su padre, anciano y ciego:
Todos once la burlaron
Sin temor á Dios inmenso,
Y despues á padre é hija
Los arrojaron al fuego
Porque acabasen sus vidas
Con el voraz elemento.
Pasaron mas adelante,
Y encontraron un arriero
Con dos cargas de tabaco,
Y al instante le prendieron
Los mulos, y le dejaron
Atado en un monte espeso,
Y el tabaco y los dos mulos
En un lugar los vendieron;
Y en la posada que entraron
Llegó un mercader, y luego
Que vieron tan buena presa;
Dijeron al mesonero:
— Señor mio, aquesta noche
Perdices en salmorejo
Queremos para cenar,
Y seis pares de conejos.—
Y le dieron dos doblones
Para el gasto, ¡y vaya bueno!

Y entre tanto que la cena
Las mujeres compusieron,
Con el mercader trabaron
Conversacion, conociendo
Que traía mucha plata,
Y con alevoso intento
Cenaron y se acostaron;
Y cuando estuvo en silencio
La casa, se levantaron
Todos los once, y se fueron
Al cuarto donde dormía
El mercader, y le dieron
La muerte alevosamente;
Y despues cuatro mil pesos
Que traía en las maletas
Quitáronle, y se salieron
Todos por una ventana,
Y en un bosque se metieron,
Donde pasaron el día;
Y apenas el manto negro
Tendió la noche, ocultando
Las luces el claro Febo,
Enderezan su camino,
Sin tener algun recelo,
Y dentro de breves días
A Marsella se volvieron,
Y ántes de llegar robaron
De un convento de San Diego
Cáliz, lámparas, patenas,
Con los demas ornamentos
Que en aquella iglesia había
Para los cultos supremos.
Entró en Marsella una noche
Con los demas de su gremio,
Y á la casa de su madre
Llamó á la puerta, y de presto
Entró, y ballóla que estaba
Tiernas lágrimas vertiendo
Imaginativa y triste,
Y él, atrevido y soberbio
Quiso quitarle la vida;
Pero le salió al encuentro,
Que así que le vió, su madre
Arrodillóse en el suelo
Delante de un crucifijo,
Estas palabras diciendo:
— Permiid, Señor divino,
Por vuestro poder inmenso,
Que en una forma espantable
Vea yo este alarbe fiero,
Sin que se pueda mover,
Porque sirva de escarmiento
A todos cuantos le vean:
Oídme, Señor, atento,
Pues ofendió tu grandeza,
Y no contento con esto,
Quitó la vida á su padre,
Sin temer al poder vuestro.—
Esto dijo, y de repente
Se trasformó tan horrèdo,
Puesto en medio de la sala,
Liado todo su cuerpo
De una espantosa culebra,
Todo cubierto de pelo,
Con los dos piés de caballo,
Las manos de leon fiero,
La cabeza de dragon,
Las orejas de jumento:
Solo el pecho le quedaba
De hombre; pero vertiendo
Por ojos, boca y narices
Vivas centellas de fuego.
— Del estado en que me hallo
Vengan á tomar ejemplo
Los hijos inobedientes
A sus padres, que por eso,
Y haberle dado la muerte
A mi padre, estoy ardiendo
En las mas ardientes llamas

T. XVI.

Del abismo del infierno.—
Y apenas le vió su madre
En aquella forma puesto,
Cayó en tierra desmayada;
Y recobrando el aliento,
Llorando lágrimas tiernas,
Al Autor del universo
Pidió que le perdonase
Sus atroces desaciertos;
Pero ya ardía en las llamas
De los abismos eternos.
Alborotóse la casa,
Los vecinos y los deudos,
Y todos los moradores
De la ciudad acudieron;
Y al ver vision tan horrible,
Sin poder tomar aliento,
Atónitos y asustados
Muchos en tierra cayeron.
Unos santos sacerdotes
Conjuraron al momento
El espectáculo, y dando
Un estallido tan recio,
Que pareció se caian
Los astros del firmamento,
Desapareció, dejando
Un olor tan pestilento
De azufre, por la ciudad,
Que duró por mucho tiempo.
Los otros diez que quedaban
La cuadrilla deshiciéron,
Y en conventos diferentes
El hábito recibieron
Del seráfico Francisco,
Misericordia pidiendo.
¡A la enmienda, pecadores!
Pongamos al vicio freno,
Y observemos la obediencia
A nuestros padres, que en esto
Quedarémos bendecidos
Del sacro Espiritu eterno.

(El Alarbe de Marsella, Pliego suelto)

1323.

LA BARAJA.

(Anónimo.)

Emperatriz de los cielos,
Madre y Abogada nuestra,
Dadle, celestial Aurora,
Términos á mi rudeza,
Aliento á mi tosca pluma,
Porque así referir pueda
A todo aqueste auditorio,
Si un rato atencion me presta,
Un caso que ha sucedido
En Brest, ciudad rica y bella,
Con un discreto soldado,
En el año de noventa,
Estando de guarnicion
En ella, segun nos cuenta.
Y así confiado en vos,
Sacratísima Princesa,
Refugio de pecadores,
Fuente pura y mar de ciencia,
Daré principio á este caso:
Atencion, que ya comienza.
En esta ilustre ciudad,
Dichosa, fértil y amena,
Divertida, alegre y rica,
Apacible y placentera,
Un domingo de mañana,
Serían las siete y media,
Para cumplir el precepto
Que nos impone la Iglesia
En las fiestas y domingos,
Que es oír la misa entera,
Dióles órden un sargento